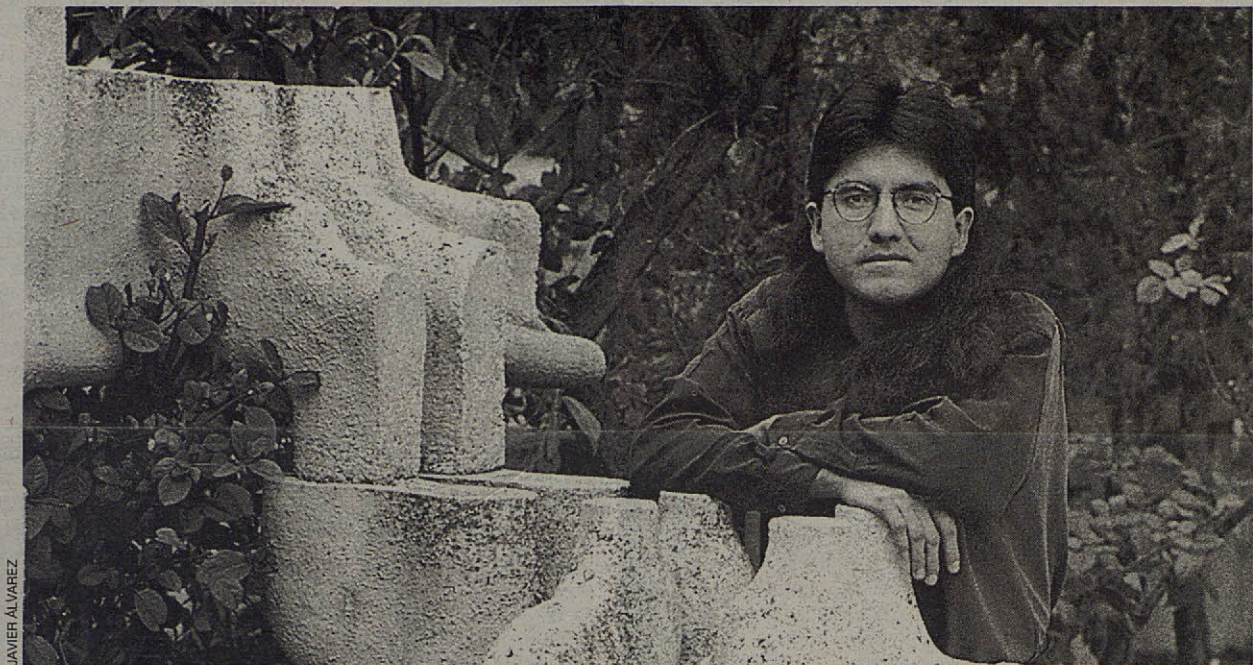


El escritor de origen spokane Sherman Alexie demuestra con *Indian Killer*, su tercera obra, que es una de las voces más originales y atractivas de la joven narrativa norteamericana. La novela, sobre el desarraigo de un niño indio adoptado por una familia blanca, combina una lectura política con una trama de tensión e intriga muy bien construida.



El escritor norteamericano Sherman Alexie, durante una visita a Barcelona.

EL SABOR DE LA REVANCHA PIEL ROJA

NARRATIVA. **INDIAN KILLER**

SHERMAN ALEXIE. TRADUCCIÓN DE JORDI ARBONÉS

MUCHNIK EDITORES. BARCELONA, 1997

448 PÁGINAS. 3.500 PESETAS

JUAN MARÍN

Seleccionado entre los 20 mejores escritores jóvenes de Estados Unidos por la revista inglesa *Granta* el verano pasado, Sherman Alexie demuestra, con su tercera obra –todavía no publicada cuando esta selección se hizo–, que estamos ante una de las voces más originales y más atractivas de la narrativa americana. Este escritor, de origen spokane-coeur d'alene, se dio a conocer con *La pelea celestial del llanero solitario y Toro*, un conjunto de relatos basados en la aventura interior de un muchacho que luchaba por hacerse adulto en los límites entre la tradición de la reserva y la modernidad anglosajona, entre el victimismo y el orgullo de un pueblo derrotado. Especialmente, aquellas historias indicaban gran pericia para convertir los materiales más poéticos en puro realismo. Su segundo libro, *Blues de la reserva*, constituyó cierta decepción debido a la endeblez de la trama, aunque el estilo de Alexie seguía poderoso y brillante. Pero una novela no se hace sólo con buen estilo. Ahora, todas las dudas se han disipado con *Indian killer*, una excelente y perturbadora novela que sigue las convenciones del género criminal, pero que va mucho más allá de lo que podría considerarse un *thriller étnico*.

En principio hay una biografía: nada más nacer de una madre adolescente, un niño indio es arrebatado y entregado en adopción a un matrimonio blanco. En medio de un fuerte extrañamiento, ese niño cultiva una nostalgia de sus orígenes que le

hace rechazar, a medida que crece, el mundo que representan sus buenos y rubios padres. El paisaje de su nostalgia es el de un ámbito entre la leyenda y la historia, cargado de ensoñación mítica, anterior a la llegada del exterminador blanco. Ya adulto, empieza a alimentar el deseo de “ver miedo en unos ojos azules” para acabar convencido de que su misión es matar a aquel que personifique la culpa de un crimen colectivo, a aquel “responsable de que todo haya salido mal”. Así pues, por las calles de Seattle se pasea un asesino que arranca el cuero cabelludo de sus víctimas y por encima de los rascacielos, las señales de humo anuncian el gozo de los nativos americanos que ven en él la llegada de un mesías vengador.

La novela de Alexie escarba en heridas no curadas y lo hace con lucidez y rabia: por un lado, está el blanco conservador que piensa que no se mataron suficientes indígenas; por otro, los americanos que ven en esas tribus indias la única tradición posible, aquella de la que emana la inocencia. Y en medio, los propios indios, nada dispuestos a compartir su misterio, en tanto que com-

La novela de Alexie escarba en heridas no curadas y lo hace con lucidez y rabia

partir significa someterse. La novela transmite la idea de que la fantasía de la revancha es un elemento poderoso en la cultura del moderno indio norteamericano. Un personaje lo explica así: si Jerónimo o Toro Sentado volvieran, verían a los indios sin hogar, a sus bebés con síndrome de alcoholismo: verían las miserables reservas y cuando escucharan “una de esas canciones de mierda de Disney, sentirían deseos de hacer daño a alguien”. Alexie podría haber escri-

to una novela de mestizaje, pero no lo ha hecho; las razas que circulan por su territorio coexisten sin mezclarse: se ignoran, se temen o se odian. En realidad, su obra es un viaje al corazón de la diferencia, al meollo del extrañamiento, allí donde se cuece un rencor informe, tan fuerte como el deseo de unir identidad y orgullo.

Estamos ante un texto cuya lectura política se hace inevitable, pero también ante un relato de tensión e intriga muy bien construido. Técnicamente, mucho ha aprendido Alexie desde su segunda obra: un narrador que todo lo sabe y todo lo ve va desvelando al lector partes de la trama desde la perspectiva de cuatro personajes principales, el asesino múltiple, una india radical, un locutor de radio y, todo un hallazgo, un ex policía que escribe novelas de tema indio porque está convencido de que él lo es, a pesar de su piel lechosa y de su pelo rubio. A ellos se añade una docena de personajes que se cruzan en una danza inquietante y que conforman el escenario moral de una epopeya metafórica, que tiene tanto interés como entretenimiento policial que como documento del conflicto –personal y colectivo– de muchos norteamericanos que intentan asentar las raíces de una tradición en un exterminio. Alexie continúa con su estilo de enfoque realista y resonancias poéticas, aunque aquí

ha preferido acentuar los contrastes con capítulos muy duros, tan contundentes como los de una novela de Chandler, y otros que recuperan la musicalidad y el poder de ensoñación de los relatos tradicionales de su gente. No es la primera vez que Jordi Arbonés traduce a Alexie y lo sigue haciendo muy bien (por eso no se comprenden deslices como “estaban complotando contra él” en la página 159, cuando están los verbos “maquinar” y “confabular”).